

HACIA EL FUTURO

Seudónimo: Nicolás Robles

Yo era un niño cuando mis padres tuvieron que abandonar su casa por problemas económicos, como muchas familias de entonces; tal vez por eso no lo viví de la manera tan desalentadora que tuvo que ser para ellos, aunque hicieron lo posible para no contagiarme la desazón de haberlo perdido todo.

Por aquella época nos tuvimos que alojar con mis tíos. Mientras tanto, mi padre buscaba trabajo. Un día llegó una carta que anunciaba que le embargaban su coche. Aquello no fue la peor noticia, pero sí fue la que le hizo perder ya cualquier esperanza de poder seguir cuidando de nosotros.

De todo aquello no guardo memoria: lo conozco porque forma parte de esa íntima mitología que las familias preservan; sin embargo, conservo un sólo recuerdo que me parece el más poderoso de todos los que podrían dar testimonio de la fatalidad que nos rondaba.

En él nos encontrábamos en un parque que invoco vastísimo, y que ahora sólo puedo atribuir al Alamillo; hacía una mañana radiante, y estábamos mi padre, mi tío, una bicicleta y yo.

Ambos se parecían muchísimo, pero con los años mi padre se había convertido en un gruñón y mi tío había seguido cultivando su buen humor. Lo que sucedía era que mi tío estaba intentando convencer a mi padre que debía de tomar la bicicleta para dirigirse hacia donde le dieran trabajo cuando lo encontrase; pero él no quería reconocer que no sabía montar.

Aquello parecía una escena absurda, porque no cesaban de reñir señalando la bicicleta, de la que no olvido su color metálico, vetado con letras verdes, y su cesta, hasta que mi padre se subió a ella con un orgullo que nos hizo enmudecer a mi tío y a mí: y se arrojó sin pensarlo, renqueando la rueda delantera tan cómicamente que la gente se reía de él cuando pasaba a su lado con las piernas extendidas sin pisar los pedales: parecía casi seguro que se iba a golpear contra unos arbustos.

Sin embargo no se estrelló, sino que, tambaleándose, los esquivó aterrorizado.

Mi tío le persiguió manos arriba, luego le empujó para que volviera a intentar avanzar. Durante toda aquella mañana le estuvo ayudando hasta que logró deslizarse con una soltura, por lo menos, decente; aunque yo no podía conocer bien lo que sucedía, conservo la imagen última de correr tras él mientras conseguía lanzarse hacia delante, mientras sentía una infinita sensación de euforia al verle alejarse sin caerse.

Este es el único recuerdo que conservo de entonces; tal vez, sea el primero que tengo, lo cual es muy importante. Poco después de aquella mañana, que siempre quedó entre mi tío y mi padre, consiguió un trabajo lejos de casa pero pudo asistir todos los días en aquellas bicicletas grises.

Desde entonces las cosas fueron mucho mejores: empecé a tener conciencia de la nueva casa, donde ahora rememoro estas líneas. A él le debo todo lo que soy, pero, en cierto sentido, también se lo debo a esas bicicletas...